

Pedro Selva

El Existencialismo ¿lleva hasta el Liberalismo?



La cuestión tiene interés y no carece de importancia, porque los filósofos preceden a los políticos y sus ideas, cuando cobran fuerza y están de moda, tienden a convertirse en actos.

Pensamos, pues, darles un gusto a dos eminentes amigos liberales, teóricos profundísimos y habitantes entusiastas de «la ciudad de los libros», comunicándoles que Jean-Paul Sartre, el hombre de actualidad en París, el más comentado, discutido y difundido de los escritores franceses, sufría ataques de la izquierda comunizante, porque su sistema existencialista, basado en un libre albedrío absoluto, conducía los espíritus hacia el credo liberal y pactaba con la burguesía.

A nuestro juicio, entre ambos órdenes de ideas, el liberalismo y el libre-arbitrismo, existía una relación indudable.

No fué poca nuestra sorpresa al advertir el efecto

que provocamos en aquellos hombres ilustres. Los dos, como si se hubieran puesto de acuerdo, se enfurecieron. «¡No! Eso era un disparate. Entre el libre albedrío psicológico, fenómeno interior de la conciencia, y la política liberal, modo de convivencia humana, de acuerdo con las leyes naturales, sociales, económicas, no existía la menor relación».

El segundo, menos joven y más exaltado o más franco, llegó a decir:

Me extraña que un hombre que alguna vez ha tenido una pluma en la mano crea tamaña insensatez.

Callamos por respeto y también por prudencia; aquellos dos claros varones saben muchísimo y bien podrían tener la razón. Uno de ellos, cuando se le consulta cualquier materia de su especialidad, suele responder:

—Sobre ese punto, he leído quinientos volúmenes. Y lo peor es que no miente. Los ha leído.

El otro, dueño de una de las bibliotecas particulares más ricas de Chile, formada en setenta años de estudio, podría repetir el ambicioso verso:

«Et j'ai lu tous livres . . . »

Además, antes que contra-decir preferimos, a menudo, contra-pensar.

En silencio, pues, con el mayor respeto, contra-pensamos.

Acaso la discrepancia venga de que ellos y nosotros no definimos igualmente la libertad. Esta palabra vaga, elástica, se presta a todo. Es una palabra mágica

donde coloca el hombre sus sueños, un vocablo que corre las calles y provoca el delirio de las multitudes, sin que nadie se preocupe de averiguar exactamente su contenido.

Por una razón muy simple: porque no contiene nada.

La libertad, así, en abstracto, es un concepto negativo, equivale a un «no saber», formula una declaración de ignorancia respecto del futuro. El que sabe lo que hará mañana no puede aceptar una invitación, no está libre. Puede renunciar a sus quehaceres y tomar otros, pero, en cuanto ha tomado éstos, torna a no ser libre. La libertad, como el tiempo, como la moneda, sólo sirve cuando se gasta, no se posee sino al perderse. Si el tiempo no pasa, no existe; si el dinero permanece en el bolsillo, constituye un simple estorbo, un peso inútil, mera «posibilidad».

Por ese espacio vacío, por ese terreno despoblado, a lo largo de ese camino obscuro, el determinista echa a correr una máquina con sus ruedas y sus engranajes coherentes, ajustados, inflexibles, un conjunto de leyes orgánicas que lo abarcan todo y no dejan el menor resquicio; el libre-arbitrista, con otras costumbres mentales, menos riguroso, menos lógico, acaso más poeta o más práctico, coloca allí, vagamente, hipotéticamente, una serie de creaciones, una sucesión de fenómenos espontáneos, actos de voluntad personal del individuo, libre y, por tanto, dice, responsable. Sartre, considera al hombre «el perpetuo inventor de sí mismo».

Pero esta oposición entre libre albedrío y determinismo sólo funciona en la región teórica, entre nubes.

En un modo de ver el mundo, una manera de sentirlo y de pensarlo.

Nada más.

Cuando el determinista y el libre-arbitrista bajan la montaña y actúan, se portan de una manera tan semejante que, excepto en las palabras, nadie los distinguiría.

El uno, por muy determinista que sea, como ignora en qué sentido, en cuál dirección está determinado el hombre, lo trata «como si fuera libre», se abstiene de profetizar. Dice:—«no sé». Tal como el libre-arbitrista. Por su lado, éste, aunque jure que el hombre es enteramente libre, como la evidencia le impone la visión de caracteres, temperamentos e individualidades sometidos a ciertos moldes, que siguen cierta dirección, aunque dentro de moldes muy vagos, se ve forzado a reconocerlo y calcular, hace pronósticos, procede «como si» el determinismo psicológico existiera.

Ahora bien, las cuestiones políticas, económicas, sociales, son cuestiones esencialmente prácticas. Ahí no se toleran nubes. Hay que bajar.

Entonces, ninguna diferencia entre el libre-arbitrista y el determinista, salvo, alguna vez, en las palabras, en el modo. Y aun eso.

La verdadera oposición entre ambos proviene de otra fuente: viene del espíritu dogmático y el espíritu no dogmático, el primero asimilable a «l'esprit de géo-

métric», rígido, terminante, determinista; el segundo a «l'esprit de finesse», más flexible, ondulante, humano y modesto.

Por eso nuestros dos amigos, teóricos empecinados, son deterministas y pueden seguir siendo liberales, sin el menor inconveniente ni asomos de escrúpulos. Acaso sin darse cuenta del germen de contradicción que encierran. Una contradicción que, por lo demás, en cuanto ha tocado tierra, se esfuma.

Los dogmáticos integrales, apoyados en un credo cualquiera, filosófico, religioso, racista, etc., llámense comunistas, nacistas o conservadores, tienden por su naturaleza íntima, quiéranlo o no, hacia el totalitarismo. Es natural. Poseen la verdad, quieren salvar al mundo: ¿cómo dejarlo perderse si logran asir la fuerza? Aunque sea a sangre y fuego, lo salvarán.

Los liberales no son dogmáticos, no poseen un sistema filosófico, no pretenden apoyarse en una doctrina infalible y completa. Disponen sólo de unos cuantos principios evidentes, de sentido común que aplican para vivir en paz mientras se estudian y descubren las leyes generales, sociológicas, políticas, económicas, cuya existencia no niegan, pero que todavía no conocen.

Los totalitarios, en cambio, las conocen. Saben quien las dictó, cuándo, con qué objeto y cómo deben aplicarse. Y jamás les ocurre la duda de que, acaso, por una gran casualidad, pudieran estar equivocados y que los adversarios llevaran la razón.

En el plano filosófico, unos, los liberales, practican

el escepticismo, los otros, dogmáticos, se embriagan de fe mística; en el fisiológico, unos consideran el mundo fría y lúcidamente, no sufren urgencias pasionales, pertenecen a la madurez, aun a la ancianidad, los otros, totalitarios, son pasionales, vehementes, mentalmente jóvenes, están todavía verdes y la sangre les obscurece el ojo; en el plano social, los liberales, hombres de fortuna, cultos, aristócratas, que han podido darse el lujo de estudiar y ver la realidad como es, esperan cómodamente sentados que el progreso avance, mientras los otros, pertenecientes a las clases necesitadas, incómodos, elementales, impacientes, resentidos, no toleran demora y empujan, gritan, si es preciso, amenazan o llegan al golpe de hecho; los primeros argumentan con la cabeza, los segundos invocan el corazón; aquéllos esgrimen la realidad, éstos levantan la losa de los sueños y dejan escaparse todos los fantasmas, buenos y malos.

El paralelo podría proseguirse.

Pero volvamos al existencialismo.

Jean-Paul Sartre y sus discípulos, al proclamarse partidarios del libre albedrío, han demostrado un punto de semejanza de primera importancia con características esenciales de la escuela liberal: no ser dogmáticos, no creer a ojos cerrados en que el futuro será así o asá, creer, en cambio, que el individuo lo puede todo y colocar el acento sobre esa célula social, no sobre la sociedad abstracta.

Lo demás cuesta poco deducirlo.

Y sacar la consecuencia de que nuestros dos emi-

nentes amigos tal vez habrán tenido razón de protestar, porque aman mucho el determinismo, pero acaso habrían hecho bien prolongando el silencio previo, antes de la explosión, con que acogieron nuestras palabras. Y meditando.

La actitud de Sartre, quiéralo él o no lo quiera, sépalo o no lo sepa, no es una actitud que conduzca hacia el socialismo, hacia el comunismo ni hacia ninguna de las otras formas de gobierno totalitarias o pre-totalitarias. Por lo contrario, del germen que ha sembrado bien puede brotar una cosecha que regocijará a los espíritus liberales, independizándolos de las cadenas sociológicas, de las pretendidas verdades políticas, de las falsas leyes económicas sobre las cuales descansan las dictaduras.

San Francisco de las Condes. junio de 1948.